

3er Domingo de Cuaresma B/2015

Las lecturas de este tercer domingo de Cuaresma nos hablan de la importancia de la Ley de Dios. Nos muestran el beneficio espiritual que obtenemos al cumplirla. Nos invitan a interiorizar la Ley de Dios y hacerla la guía de nuestra vida.

La primera lectura del libro de Éxodo recuerda el episodio de los Diez Mandamientos cuando Dios los entregó a Moisés a fin de sellar su Alianza con Israel. Muestra el contenido de la Ley en referencia a Dios y a los seres humanos. Finalmente, muestra las obligaciones religiosas y morales que Israel tenía que cumplir a fin de garantizar su relación con Dios y sus semejantes.

Lo que este texto nos enseña es que los Diez Mandamientos son una garantía de la alianza entre Dios e Israel. Hay también la idea de que Dios, como el libertador y el salvador de su pueblo, tiene el derecho de dictar la Ley que su pueblo debe obedecer. La última idea está relacionada con la verdad de que el respeto de los Mandamientos es garantía del éxito para Israel como una nación y para los hebreos como pueblo.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús expulsa a los vendedores y su mercancía del templo. En primer lugar, el Evangelio dice que, cuando Jesús encontró a los vendedores en el templo, los echó con todo y sus ovejas y bueyes, prohibiéndolos que no conviertan en un mercado la casa de su Padre.

Habla también de la reacción de los judíos que pedían a Jesús una señal para actuar de cierta manera. Enseguida, el Evangelio da la respuesta de Jesús que invitó a los judíos a destruir el templo ya que Él podría reconstruirlo en tres días. Entonces, el Evangelio explica que Jesús se refería al templo de su cuerpo, porque después de la resurrección, cada uno comprendió que eso era lo que quiso decir.

Después de esto, el Evangelio dice que mientras Jesús se encontraba todavía en Jerusalén para la Pascua, muchos creyeron en él al ver los prodigios que hacía. El Evangelio termina mencionando el hecho de que aún así, Jesús no confiaba en los judíos porque sabía muy bien lo que hay en el corazón del hombre.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Hoy quiero hablar del objetivo de la Ley de Dios. A fin de entender el punto al que quiero llegar, déjeme comenzar con una observación de la psicología de comportamiento. De hecho, la psicología de comportamiento nos enseña que los niños que crecen sin un respeto de la ley, se vuelven salvajes, como los animales. Como ellos, interpretan todas las cosas de acuerdo a su estado de humor y obedecen únicamente lo que sus instintos les dictan. Con tal comportamiento, es posible encontrarlos en problemas con la sociedad y sus regulaciones.

Lo que la psicología trata de decirnos es que la ley es importante. La ley forma el comportamiento humano y determina nuestro carácter. Estructura nuestra vida en común como personas y sociedad. Facilita nuestra relación del uno con el otro y nos ayuda a reconocer los límites de nuestra libertad individual y el respeto que debemos a los demás. Sin ley, la vida se hace una selva en donde sólo los más fuertes tienen el derecho de existir.

La ley es importante no sólo para el funcionamiento de la sociedad humana, sino también para nuestra relación con Dios. Es en este sentido que debemos entender los Diez Mandamientos como algo dado por Dios a Moisés a fin de consolidar su relación con Israel. Desempeñan el papel de un mapa que muestra el camino hacia Dios y hacia nuestros semejantes. Como en la sociedad civil donde la ausencia de la Ley es perjudicial a un buen

funcionamiento de la sociedad, los mandamientos son vitales a nuestra relación con Dios y a nuestra relación del uno con el otro. Por eso, la Ley de Dios es el espejo de su voluntad y el lienzo o el marco por los cuales el pueblo de Dios tiene que moldear su comportamiento en cuanto a su relación con Dios y sus semejantes. Es dada para nuestro beneficio y para nuestro bien de modo que al respetarla pudiéramos vivir en amistad verdadera con Dios. No respetar la Ley es dejar que la vida se vuelva caótica y sin principios directores.

Sin embargo, la Ley tiene que ser cumplida en el espíritu de la alianza de Dios y no según los intereses humanos. Esta es la razón por la cual Jesús reaccionó violentamente echando a los vendedores del templo. Por supuesto, esas actividades en el templo eran legítimas, según la Ley de Moisés. Sin embargo, los que las ejercían no respetaban la Ley ni el culto a Dios. Al contrario, eran conducidos sólo por sus ganancias y beneficios comerciales.

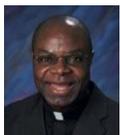
Además, Jesús actuó así a fin de enseñarnos que cualquier culto a Dios que se hace solamente con el fin de obedecer la ley, como un acto externo, sin ofrecer el corazón a Dios, es irrelevante. Del mismo modo, cualquier sacrificio que hagamos debería ser una expresión de lo que vivimos profundamente en nuestro corazón. En verdad, el sacrificio verdadero a Dios, somos nosotros mismos. Por eso, el verdadero culto a Dios, es hecho en el espíritu y en verdad, y no un acto simplemente externo. Después de todo, Dios no está interesado en la demostración hipócrita, sino en la contrición sincera y la conversión del corazón.

En este sentido, al expulsar a los vendedores del templo, Jesús nos enseña que la relación con Dios no es un asunto comercial. Cada vez que olvidamos esta verdad, usamos la religión para los intereses económicos. Esta es una tentación permanente que nos rodea. A veces, me siento avergonzado cuando, después de una sesión del consejo pastoral, alguien me pregunta: ¿“Padre, cuánto le pago”? Les respondo que no vendo el servicio que ofrezco. Si tienen a bien ayudarme o ayudar a la Iglesia, está bien. Pero, mi servicio no le vendo.

Finalmente, al echar los cambistas del templo y los que estaban con ellos, Jesús quería purificar el templo de modo que ganara su significado original como un lugar oración, de curación y de bendición. Este punto particular nos desafía profundamente en cuanto a nuestra actitud en la Iglesia antes, durante y después de la santa misa. Sé que a causa del funcionamiento de nuestra sociedad, no es siempre fácil encontrar a amigos y semejantes durante la semana. En este sentido, el domingo se hace una oportunidad para encontrar a la gente que no vimos durante la semana y para hablar con ella. Sin embargo, no deberíamos olvidar que la Iglesia es un lugar de oración, no sólo durante la misa, y también después de la misa.

En este tiempo de Cuaresmo pidamos que el Señor nos ayude a hacernos los templos de la presencia de Dios y obedientes a su ley. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Éxodo 20, 1-7; 1 Corintios 1, 22-25; Juan 13, 13-25



Fecha de la Homilía: el 08 de Marzo 2015

© 2015 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20150308homilia.pdf